

Mauricio Goldenberg.

Mi testimonio

R. Horacio Etchegoyen

El Dr. Mauricio Goldenberg fue un gran psiquiatra y una gran persona. Maestro generoso y lúcido, provocó un cambio substancial en la asistencia psiquiátrica al sacarla literalmente del hospicio para situarla en el hospital general. Su agudeza clínica, su precisión para el diagnóstico y su eficacia terapéutica alcanzaron un nivel insuperable.

Su Servicio de Psicopatología en el Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro de Lanús (hoy Hospital Evita) se fundó en 1956 y pronto se convirtió en el centro de la psiquiatría argentina, desde donde irradió a América Latina y al mundo entero. Mauricio tenía 40 años cuando inició esta sobresaliente tarea, que convirtió a “el Lanús” en el centro de la asistencia y la enseñanza psiquiátrica de su tiempo y por muchos años. Allí permaneció hasta 1972, cuando pasó a ocupar el mismo puesto en el Hospital Italiano. Lo reemplazó en Lanús uno de sus discípulos más distinguidos, Valentín Barenblit.

Su dignidad, su compromiso ético y su bondad se transmitían a pacientes y colegas. Sus discípulos adquirieron de él la ciencia, la humanidad y la ética. Tenía una prodigiosa capacidad para armonizar el conjunto de las ideas y de las escuelas en un formidable equipo de trabajo. La psicofarmacología, la psicoterapia en todas sus formas, en especial el psicoanálisis, y la visión social se amalgamaban espontánea y armoniosamente bajo su dirección. Fue el director de una gran orquesta.

Desde que lo conocí en los años cincuenta fuimos grandes amigos, amigos para toda la vida, compañeros de ideales por una psiquiatría nueva y un país mejor.

En 1957, un año después de que él se hiciera cargo de su sala en

Lanús, yo me trasladé de La Plata a Mendoza como profesor contratado de psiquiatría. Las ideas y la enseñanza de Enrique Pichon Rivière y de Mauricio Goldenberg me marcaron el camino. Organicé mi enseñanza en un hospital psiquiátrico (El Sauce) y en un policlínico (Hospital Central). Cuando me presenté al concurso en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Cuyo (UNC) para convalidar mi título, ya había sido nombrado miembro del jurado de psiquiatría de la UBA, donde estaba inscripto Goldenberg. Los retrógrados del hospicio y los clericales de Mendoza me sacaron a la vez de la cátedra y del jurado. Fue un momento de triunfo de la psiquiatría manicomial.

La lucha de esos años hicieron más profunda nuestra amistad, que también alcanzaba a nuestras esposas, Isabel y Elida, que congeniaban mucho, por su rectitud, franqueza y coraje.

Cuando yo volví de Londres en 1967 seguí muy cerca de Mauricio. Dicté un seminario de clínica psiquiátrica para sus alumnos más avanzados en el Servicio del Hospital Italiano. Ese seminario, donde el mismo Mauricio solía acompañarme, fue una inolvidable experiencia de mi vida.

En enero de 1976 Mauricio tuvo que emigrar a Venezuela. Eran los tristes años de la criminal Triple A, a los que siguió la horrenda dictadura de Videla. Dos hijos de Mauricio, hermosos, ingenuos, idealistas, que yo quería mucho, fueron asesinados.

Llegó a Venezuela cumplidos los 60 años y pronto ocupó de nuevo su lugar de maestro. Me acuerdo cómo me lo contó en esos años, con su modestia de siempre. Le pidieron que ofreciera una lección clínica y, al terminarla, se había consagrado, sin quererlo, en lo que era: un maestro. Con un entusiasmo notable hizo en Caracas la reválida de su título de médico y siempre recuerdo con cariño algunas anécdotas que me contó de aquella experiencia, en que el maestro volvió a ser alumno, mientras sus profesores lo respetaban y lo ayudaban.

El triunfo de Raúl Alfonsín a finales de 1983 (el mismo día en que moría David Liberman) abrió las esperanzas de una Argentina democrática y progresista. Allí volvió a unirse otra vez nuestro empeño, cuando Goldenberg fue llamado a reorganizar la asistencia psiquiátrica en el Ministerio de Salud Pública de la Nación y a fundar el Departamento de Salud Mental de la Facultad de Medicina, durante el decanato del profesor Mattera. En el jurado que propuso los nuevos profesores estábamos él y yo (a modo de reparación de las pasadas injusticias) y Aníbal Duarte, destacado profesor de la Facul-

tad de Psicología. Los tres realizamos una ingente tarea, pensando en el país y en la psiquiatría. Yo redacté el dictamen final, que el nuevo decano, el primero del estatuto, Guillermo Jaim Etcheverry, apoyó con decisión.

Aunque el presidente Alfonsín y su ministro de salud, Aldo Neri, deseaban que volviera a radicarse en Argentina, después de pensarlo mucho, Goldenberg decidió continuar en Caracas, mientras uno de sus más brillantes discípulos, Vicente Galli, llegó a ser el primer Director de Salud Mental de la nueva democracia argentina.

En Caracas Mauricio siguió enseñando y ejerciendo por muchos años, hasta que en 2000, cuando tenía ya 85 años, decidió retirarse de la profesión y radicarse en Washington, DC, siempre acompañado por su valerosa y solidaria Isabel, para vivir al lado de su hija mayor, Isabelita, que ejerce la medicina en esa ciudad. Allí murió este gran hombre, el 12 de septiembre de 2006, cumplidos los noventa años.

Pienso verdaderamente que Mauricio Goldenberg y Enrique Pichon Rivière fueron los grandes psiquiatras argentinos del siglo XX, como también lo fue Gregorio Bermann. Yo, más cerca por edad de Mauricio, aprendí de los dos, o de los tres, y a los tres quise y admiré. Hace poco dije, con dolor, refiriéndome a Enrique, que la Argentina a veces no se merece los grandes hombres que ha dado. Lo mismo digo de Mauricio, que murió en el exilio, aunque siempre rodeado del cariño de todos. Fue una suerte conocerlo.

R. Horacio Etchegoyen
Posadas 1580, 13º "A"
C1112ADB, Capital Federal
Argentina